

ker, Mme. Helvetius, Mme. de Genlis, Mme. de Sabrán, Mme. de Angivillers, Mme. Rochembeau, Mme. Beauharnais, Mme. Montoissieux y Julia Talma, hermana del célebre actor.

Increparon á Mme. Condorcet por inmiscuirse en la política, y contestó: *desde que veo cortar tantas cabezas femeninas, siento curiosidad de saber por qué se cortan.*



V

o hay un episodio de la Revolución francesa, en que directa ó indirectamente haya dejado de figurar la mujer. No se contentó con ser espectadora, necesitó ser actor: en unas ocasiones ofició en el altar de la patria, en otras se inmoló.

Acostumbrada la mujer á la pasividad, al salir de ésta es más temible que el hombre, porque no ha gastado sus fuerzas. En 1789, las mujeres francesas llevaron la iniciativa en la perturbación de la paz, ellas se pusieron á la vanguardia de la Revolución.

La piqueta demoledora manejada por los hombres del 14 de Julio, derrocó la Bastilla, pero ellos sólo tuvieron que derribar los muros, porque moralmente la Bastilla había sido derribada por una mujer. ¿Quién fué ésta? Una obrera; Madame Legrós, libertadora del prisionero Latude. Aquella valerosa mujer, inspirada solamente por la caridad, luchó tres años sin desaliento, soportando calumnias y humillaciones, abandonó el trabajo que le proporcionaba el sustento y arrojóse á los pies del joven duque de Orleans, y de Condorcet, para salvar al desgraciado de Bicêtre. Malesherbes, Lamoignon y Rohan contentáronse con lamentar las desgracias de Latude; Mme. Legrós se fué á Versalles á pie, enferma, en pleno invierno y logró conmover á Mme. Duchesne, dama de la Reina, en favor del prisionero.

Espantosos fueron los tormentos que sufrió Latude. Obligáronle á pasar el invierno sobre húmedo suelo; mientras dormía, dos troneras pequeñas le comunicaban un

viento glacial que azotándole el rostro le enfermaron los ojos; el frío le cortó el labio superior; y la raíz de su cabello se quemó, quedando completamente calvo. Pasaron ciento treinta horas sin que probara un bocado ni bebiese una gota de agua; advertidos los carceleros le abrieron la boca á viva fuerza para introducirle alimento. Al desgraciado negáronle hasta el recurso de morir de hambre.

La perseverante obrera que alcanzó la libertad de Latude, fué coronada en la Academia como premio á su virtud, y el apellido Legrós quedó en la historia cercado de una aureola.

La fiebre cerebral que se había apoderado de todos, tenía que invadir con más ardor las cabezas femeninas; en el 6 de Octubre convirtiéronse las mujeres en furias infernales. En las plazas la caballería y la infantería trataron de intimidarlas, pero ellas en vez de arredrarse apedrearon á la caballería y á la infantería. Tomaron el Hotel de Ville y desde sus balcones gri-

taban entre aullidos feroces: «armas y pan.» Dirigiéronse después á las Tullerías, desarmaron á la guardia real y se pasearon triunfalmente en los jardines del Rey. Escalaron el Congreso, hicieron callar á los diputados y tomaron la palabra. No contentas con esto, se lanzaron como Euménides sobre Versalles y dispararon sobre los guardias de Corps. Vociferaban, juraban, se herían unas á las otras, pues entre aquellas ocho mil mujeres había republicanas y realistas; ni éstas ni aquéllas sabían lo que deseaban; las realistas querían sacar al Rey de Versalles y llevarlo á París, creyendo que de ese modo mejoraría la situación; las republicanas creían que la causa de la miseria que las agobiaba, la causa del hambre, era el Rey, y sobre todo la Reina, y les querían matar.

Aquella turba de mujeres tenía un Mirabeau, la ciudadana Louison Chabry: ella, que había perorado en las calles desembarazadamente, preparó una arenga para dirigírsela al Rey, pero al ver á éste

tan de cerca como no le había visto nunca, al observar la benévola expresión de su semblante, empezó á tartamudear, las palabras se extinguieron en su garganta y sólo pudo pronunciar un monosílabo: *pan*. Luis XVI, con su bondad acostumbrada, le besó la mano y la abrazó paternalmente; ella, que tenía mucho corazón, se conmovió. Había entrado republicana en el Palacio de Versalles y salió monárquica. Cuando se reunió con las exaltadas que la esperaban en el patio, intentó defender al Rey; abalanzáronse sobre ella á los gritos de *traidora, traidora*, pensando que se había vendido, y registráronla para buscar el oro que creyeron ocultaba.

Capitaneaba un formidable batallón de mujeres la joven intrépida y hermosa Ana Josefa Theroigne de Mericourt, denominada la *Mujer Club* por su talento para la oratoria. Era el tribuno de su sexo, vehemente cual todas las liejanas, aquellas mujeres que en el siglo décimo quinto causaron tantos disgustos á Carlos el Te-

merario; no es extraño que hiciera huir al regimiento de Flandes. Véase la virilidad de su fogoso estilo en un fragmento de uno de sus discursos excitando á la multitud:

«¿Qué haceis aquí? ¿quereis moriros de hambre mientras que en mesas impías los guardias de Corps y toda la Corte se atentan de manjares delicados y viven haciendo befa de nosotros en medio de la abundancia? ¿Acaso ignorais que en un banquete acaban de urdir horrenda trama? ¿que ha sido pisoteada la escarapela tricolor? ¿que se han afilado sables para nosotros y decretado la muerte contra la asamblea nacional y los patriotas? ¿que el mismo Rey en persona va á juntar las tropas y marchar contra el pueblo? ¿que la Reina ha dado banderas á la milicia nacional de Versalles, y que para asegurar el triunfo de la contrarrevolución, Monsieur (el hermano del Rey) ha sido llamado á la presidencia de la asamblea? ¿nos hemos de dejar acuchillar? ¡Ea! anticipémonos á tan abominables maquinaciones y caiga el daño so-

bre las cabezas de los que querían producirlo!»

¡Muerte á la nobleza! era su grito de guerra.

¿Qué la arrojó á la revolución?

El amor, ó más bien un desengaño de amor. Un noble, abusando de su candor, la había deshonrado cuando sólo contaba 17 años de edad, y no sólo la había deshonrado, sino que la abandonó. Así se explica la persecución de esta mujer á la aristocracia; así el feroz arrojó con que se la veía en los Inválidos, en la Bastilla, en Palacio, en Bicêtre, en la Abadía, donde encontró á su seductor y le mató.

Cuando imploraba perdón, ella le contestó:

«¿Cómo podrías pagar mi perdida inocencia, mi honor manchado, las burlas
»insultantes que persiguen desde entonces
»á toda mi familia, la maldición de mi padre, el abandono de mi tierra, mi enganche en la infame casta de las perdidas, la
»sangre con que mancho y mancharé mis

«manos, mi memoria, execrada entre los hombres, y esta inmortalidad de maldición que va unida á mi nombre, reemplazando á aquella inmortalidad de virtud, de que me enseñaste á dudar?»

Sus partidarios la denominaron *Primera Amazona de la libertad*. Amaba la libertad, pero no el abuso de ella, no quería á Mirabeau por sus inmoralidades; censurando la conducta de Robespierre, dijo ante un público numeroso que si él condenaba sin pruebas, le retiraría su estimación. Los amigos de Theroigne eran los más austeros, Siéyes, Romme y el virtuoso Desmoulins. Un día que éste se hallaba en una Asamblea, se presentó ella y le interrumpió.

La historia de Francia refiere el suceso del siguiente modo: «Sintióse un murmullo de admiración, una joven entró y quiso hablar.

«Era Theroigne con su rojo redingot de seda y su gran sable del 5 y 6 de Octubre. El entusiasmo llegó á su colmo. «He

ahí la reina de Sabá—gritó Desmoulins,—que viene á visitar al Salomón de los distritos.» Con paso ligero atravesó toda la Asamblea, y subió á la tribuna. Su divina é inspirada cabeza, lanzando rayos de genio, se veía entre las apocalípticas sombras de Dantón y de Marat. Si sois verdaderamente Salomones—dijo Theroigne,—probadlo edificando un templo, el templo de la sacra Libertad, el palacio de la Asamblea nacional... Y le edificaréis en el mismo lugar en donde existió la Bastilla. Mientras que el Poder Ejecutivo habite el palacio del Louvre, le sucederá lo que á la paloma de Noé, que aún no ha podido hallar lugar para detenerse. Esto no puede seguir así. Es preciso que el pueblo, viendo los suntuosos edificios que deben ocupar los dos poderes, marche por la sola vía que conduce al verdadero Soberano. ¿Qué es un soberano sin un palacio? Lo que Dios sin un altar. ¿Quién reconocerá su verdadero y legítimo culto? Edifiquemos, pues, ese altar tan nece-

sario, contribuyendo todos con nuestro oro y nuestras joyas.

Aterrada por los crímenes que se cometían, amainó un poco en sus ideas de libertad y se alió á los girondinos. La jornada del 10 de Agosto le valió una corona dedicada por los marseleses. ¿De qué murió Theroigne? De pudor. Un día que paseaba en las Tullerías, algunos desalmados se vengaron de ella desnudándola ante la multitud. No pudiendo resistir tal afrenta, enloqueció y la locura es la muerte civil y moral.

Las mujeres alentaron los sucesos del noventa y tres en diversas formas, ya tomando parte en ellos materialmente, ya inspirando sus ideas á los hombres: tanto en la barricada como en el club, aparecía la mujer. Los primeros jacobinos fundaron su asociación prestando el juramento civil ante una mujer, una viuda israelita á la cual propusieron la compra de bienes nacionales, y contestó que no quería lucrar con la Revolución, que de-

seaba el triunfo de ella, no por interés propio, sino por las ventajas que había de reportar á las clases populares.

Las mujeres organizaron sociedades secretas, figurando entre las organizadoras Rosa Lacombe y Olimpia de Gouges, de la cual se ha conservado la siguiente frase: *Las mujeres tienen derecho á subir á la tribuna ya que suben al cadalso*. El sabio Condorcet pidió en 3 de Julio de 1790 la admisión de las mujeres al derecho de ciudadanía, obligado por ellas. Cuando se halló proscrito, dedicóse su mujer á hacer retratos para enviarle recursos pecuniarios. La bella y virtuosa Sofía tuvo que luchar para conservar su honra, tanto como la encantadora Lucila, que al implorar de Robespierre la libertad para Camilo Desmoulins, le dijo con apasionado acento: *Tú nos matarás á los dos, porque herirle á él es matarme á mí*. Lucila subió al cadalso con gran valentía.

El acta primitiva de la República, cuya esencia encerraba la petición de no reco-

nocer ni á Luis XVI ni á otro Rey, fué obra de una mujer, de la colaboradora del *Diario del Estado y de los Ciudadanos*, Mme. Robert, esposa del famoso convencional.

«Mientras Marat viva ¿quién podrá vivir? había exclamado una mujer; *él ha abolido la ley del 2 de Junio, si muere el asesino de la ley volverá á florecer la paz: ¿qué importa el sacrificio de mi existencia si salvo á Francia?*» y armada de resolución con la idea de ser útil á su patria, clavó un puñal en el corazón del exterminador, haciendo inolvidable la fecha del 13 de Julio de 1793, y el nombre de Carlota Gorday.

Las crueldades de Dantón, *el león enamorado*, como le denomina Houssaye, fueron reprimidas por su primera y segunda mujer; las dos eran piadosas, luchaban suavemente contra su ateísmo y abogaban por el clero. El león furioso en la plaza pública, pero domado en el hogar, amó tanto á su primera mujer, á su Gabriela,

que cuando murió, se desesperaba no pudiendo resignarse á no verla más. A los siete días de enterrada, mandó abrir el ataúd para contemplarla otra vez. Ella le había hecho jurar que salvaría la vida del Rey, la de los niños, en nombre de sus hijos, y la de la angelical Princesa Elisabeth; pero Dantón se vió obligado por las circunstancias á votar la muerte del desgraciado Luis XVI.

